

**Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas.**

Del 5 al 8 de abril de 2005 en Huerta Grande, Córdoba.

**Rupturas y puentes entre los jóvenes y el trabajo en Argentina**

Por Claudia Jacinto

**1. Tendencias y rupturas**

**1.1. El panorama actual**

De la mano de sucesivas crisis, los años noventa representaron para América Latina un deterioro en las condiciones sociales y en los mercados de trabajo. Se produjo un aumento del desempleo abierto en varios países y el deterioro, aún más generalizado, de la calidad del empleo, hechos que impidieron a la región capturar productivamente el "bono demográfico"<sup>1</sup> fundamentalmente por la escasa generación de empleo, en particular de aquel de mayor calidad.

Ante la crisis socio-económica y del empleo, las formas de protección y seguridad social que de la mano de los Estados de Bienestar eran sistémicas y muchas veces asociadas a la condición de trabajador, pasaron cada vez más a los individuos, a las familias, tendiendo a desaparecer y/o siendo de difícil acceso para una parte importante de la población.

En este marco, el Estado se centró en el diseño y la financiación de programas sociales, de lucha contra la pobreza y otras políticas públicas focalizadas (a menudo con fuerte influencia de la presencia de organismos y bancos multilaterales). La implementación tendió a terciarizarse en organizaciones de la sociedad civil (OSC), Institutos de formación profesional, academias, etc., quienes implementaron las políticas diseñadas, generalmente sin resultados contundentes y relevantes. Con estas orientaciones generales, se pusieron en marcha programas de inserción en el trabajo, de formación laboral, de servicios comunitarios, de infraestructura, de asistencia alimentaria y/o sanitaria y, en algunos casos, programas de desarrollo local, orientados a **compensar** y **asistir** a sectores de la población en condición de pobreza.

Esas intervenciones aparecen escasas, insuficientes, atomizadas, con escasas posibilidades concretas de mejorar las condiciones de vida de la población y mucho menos con una visión global del desarrollo como para permitir oportunidades consistentes de integración social.

Más allá de la agudeza de una crisis que hoy afecta a todos los sectores sociales, algunos grupos padecen con mayor crudeza la falta de oportunidades ya que las nuevas formas de la organización del trabajo y los modelos de acumulación plantean hoy, por un lado, el elogio a la competitividad y la eficacia sin importar los riesgos y, por el otro, una lógica basada en programas sociales a los excluidos o a los vulnerables. Se omite de este modo la relación entre la lógica económica y la cohesión social.

Los jóvenes, por ser quienes protagonizan el ingreso a la vida activa, han sido especialmente afectados por la crisis del empleo. Ellos, en especial los más vulnerables, parecen ser "la punta de lanza" de una crisis en la organización social de los ciclos de vida considerada desde el doble punto de vista de las instituciones y de los individuos. Si durante años, determinados ritos y pasajes por distintas instituciones (la escuela, el trabajo, la partida del hogar de origen) configuraban las trayectorias de la juventud a la adultez, hoy esos mecanismos **están en cuestión o cambian** sin que podamos identificar con claridad cuáles son los trayectos posibles que permitan conformar verdaderos circuitos de inclusión laboral, que venga de la mano de mayor inclusión social. La desigualdad de oportunidades representa una profunda **violencia simbólica**, donde algunos pocos acceden a consumos suntuarios y otros muchos apenas sobreviven, lo cual produce un profundo desfasaje entre expectativas y posibilidades reales.

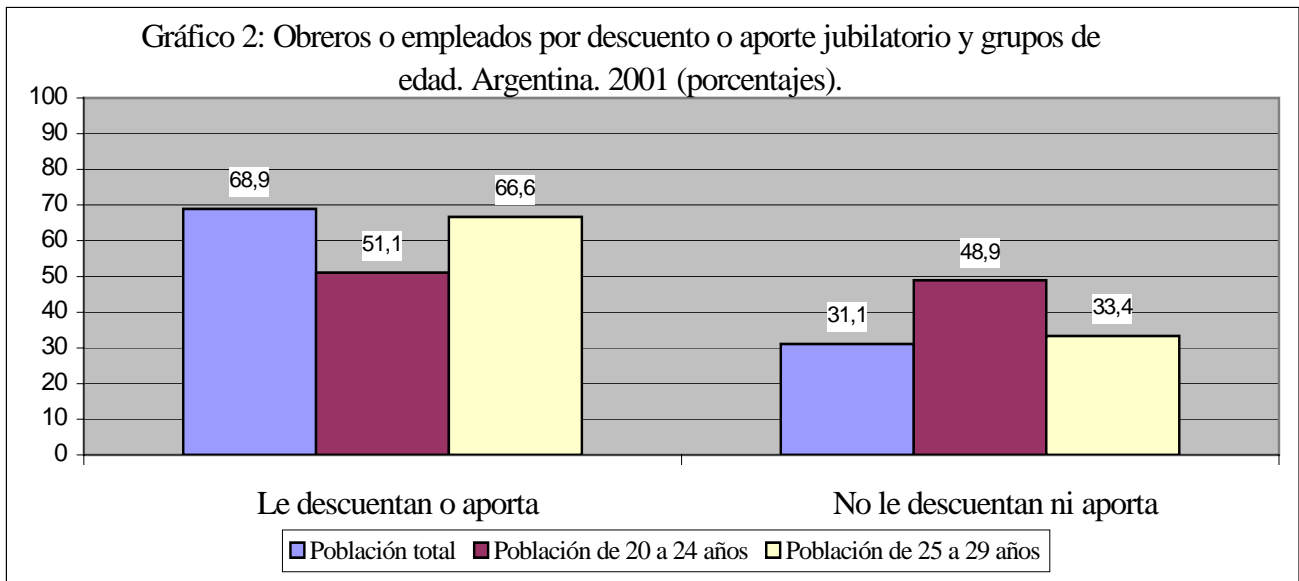
Esta polarización está representada en dos patéticos extremos: por un lado, los "yuppies" super educados, con "educación cuaternaria", que son la representación del modelo de la sociedad del conocimiento, creativos, millonarios a los 25 años, analistas simbólicos y, por otro lado, los "inútiles", los "inempleables", como llaman algunos a aquellos que son el producto **de la sociedad de la exclusión**, la sociedad donde algunos simplemente no serían "necesarios".

**1.2. Los jóvenes y una inserción laboral compleja<sup>2</sup>**

<sup>1</sup> El "bono demográfico" es la ventaja que se deriva para la región latinoamericana de un crecimiento de la población más pausado, que provoca un aumento de la proporción de los adultos en edad activa en el total de la población, lo que hace que en teoría disminuya la tasa de dependencia (CEPAL/CELADE/BID, 1996).

<sup>2</sup> Este punto sigue: Jacinto, C., 2004.

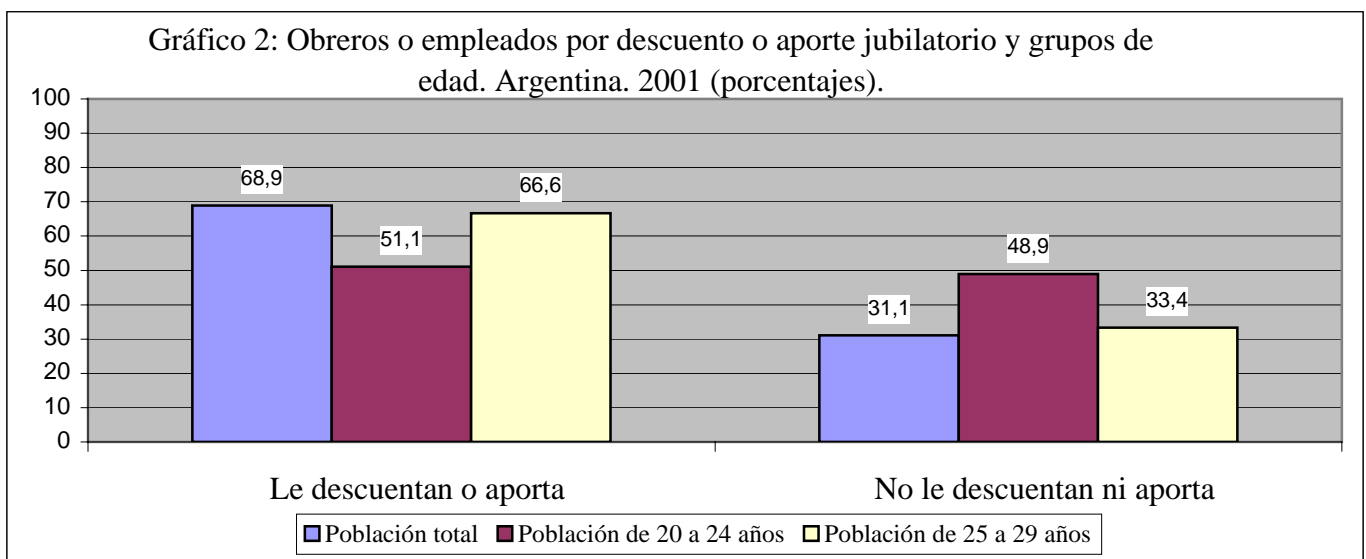
Por su situación de buscadores del primer empleo, los jóvenes han sido las principales víctimas de la crisis de los mercados laborales latinoamericanos. Desde comienzos de la década del noventa, los índices de desempleo entre la juventud, en todos los países, son sensiblemente mayores y muchos casos casi duplican las tasas del conjunto de la población económicamente activa, a lo cual se suman los altos niveles de subempleo (Gráfico 1).



**FUENTE:** Elaboración propia en base a datos de: OIT, 2003, p.102 (cuadro 3-A). Para Argentina: SIEMPRO-INDEC, 2003.

Argentina: Datos de 1990-2001. Jóvenes de 15 a 24 años. Datos total país.  
 Brasil: Datos de 1991 y 2002. Jóvenes de 18 a 24 años. Datos de seis áreas metropolitanas. Nueva serie a partir de 2001.  
 Bolivia: Jóvenes de 20 a 29 años. 1996 (15-25 años). Datos del total nacional urbano.  
 Chile: Jóvenes de 20-24 años. Datos del total nacional.  
 Colombia: Datos de 1991 y 2002. Jóvenes 18 a 24 años. Datos de siete áreas metropolitanas, septiembre de cada año. A partir de 2001, trece áreas metropolitanas.  
 México: Datos de 1992 y 2002. Jóvenes de 20 a 24 años. Datos del total nacional.  
 Ecuador: Jóvenes de 15 a 24 años. Datos del total nacional.  
 Paraguay: Datos de Asunción.

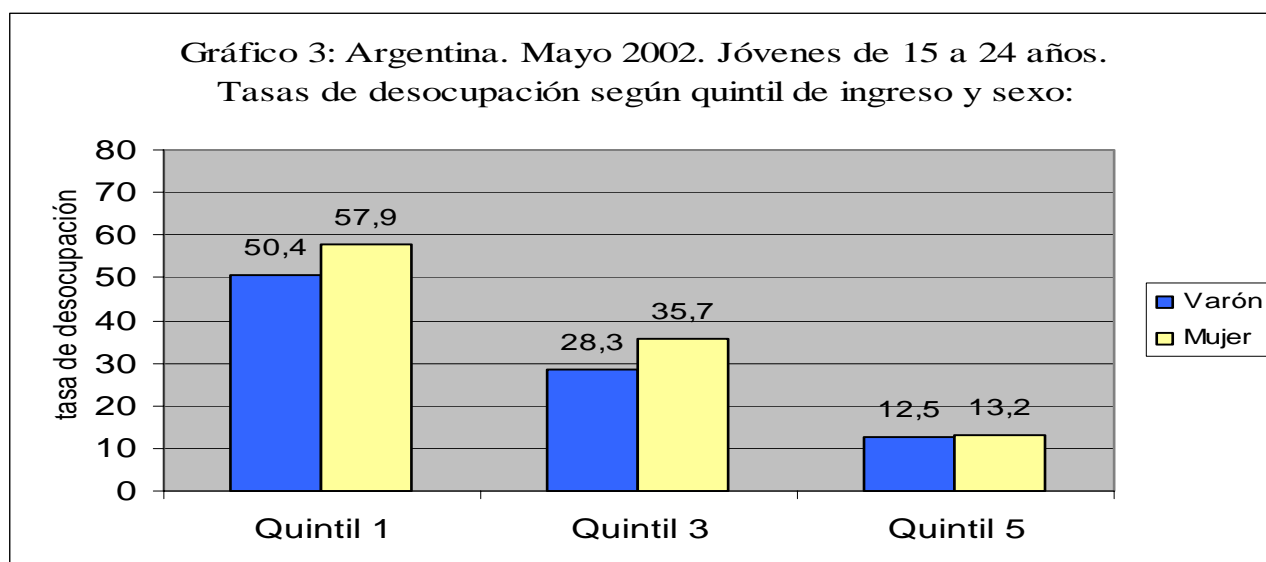
Pero tal vez la característica más marcada en la relación actual de los jóvenes con el mercado de empleo es la **precariedad de sus inserciones laborales**. Sus trayectorias suelen combinar etapas de desempleo, subempleo, inactividad, contratos temporarios, y/o autoempleo, muchas veces a nivel de supervivencia (Gráfico 2).



Aquí vemos datos del censo del 2001 que muestran a los obreros y empleados en el sector público, y en el sector privado, según si le hacen o no aporte jubilatorio. O sea, es un indicador muy fuerte de la formalidad del empleo. El primer dato que es muy importante marcar, es que los niveles de no aporte del conjunto de la población, eran de alrededor del 30%. Pero, respecto a los jóvenes, es interesante ver la diferencia, en este caso, entre la población entre 20 y 24 años, y entre 25 y 29 años. Como se ve, la situación de los más jóvenes, entre 20 y 24 años, es la que se caracteriza por mayores niveles de precariedad. Y en realidad, entre los 25 y 29 años, la situación empieza a mejorar y se acerca a la del conjunto de la población económicamente activa.

Los jóvenes, por lo general, tienen acceso a empleos inestables, sin protección laboral y con bajos salarios, aun cuando se inserten en el sector formal de la economía. Los que completan la educación media llegan a ingresar al circuito de “nuevos empleos jóvenes” (cadenas de *fast food*, alquiler de videos, cines, vendedores de centros comerciales) dentro del sector formal, pero igualmente con bajos salarios y contratación precaria. Aquellos más educados, dependiendo también de su capital cultural y social, pueden aspirar a obtener puestos de mayor calidad, mejor remunerados y con mejores condiciones de trabajo, pero muchas veces igualmente transitorios.

En el marco del deterioro general, se ha producido una aguda polarización de las oportunidades laborales. Los jóvenes en situación de pobreza y/o niveles educativos más bajos se ven compelidos a trabajos informales y ocasionales, en el extremo más deteriorado del circuito laboral, donde acceden a empleos “no calificantes” ya que en ellos las posibilidades de aprendizaje en el trabajo son escasas. Actualmente, el perfil de su inserción se presenta como un “**entrar y salir**” permanente del mercado laboral, con una fuerte rotación e inestabilidad, principalmente debido al tipo de empleo y remuneración (Dávila León *et al*, 1995).



Fuente: Elaboración propia sobre la base de: SIEMPRO (En base a datos EPH, INDEC)

Esta segmentación laboral refleja también la discriminación que sufren los más pobres para acceder al trabajo, especialmente a los de mayor calidad, ya que los mecanismos de selección no sólo tienen en cuenta su nivel de escolaridad formal o sus títulos sino la escuela de la que se proviene, el aspecto físico, las actitudes, el lenguaje, el lugar de residencia. A ello se suma que a muchos de los trabajos disponibles se llega a través de redes de relaciones sociales, que para esta población son bien escasas. Todo esto se ve reflejado en las diferencias existentes en las tasas de desocupación según quintil de ingreso (Gráfico 3).

### 1.3. Rupturas en la relación entre los jóvenes y el trabajo

Esta situación ha llevado a varias rupturas:

a) **La ruptura de los mecanismos de socialización laboral y los cambios en los imaginarios sobre el trabajo.** Antes, ¿cómo se aprendía a trabajar?, trabajando con otro; “aprender en el trabajo” era una de las formas para hacer el salto entre la educación y el trabajo. Ante la crisis, muchos jóvenes tienen escaso o nulo acceso en sus experiencias cotidianas a conocer trabajadores con empleos de calidad. Ya no hay ejemplos de “buenos trabajos”, decentes, ni siquiera a veces de trabajos relativamente estables, entonces ¿qué modelo tiene, cómo sabe y concibe qué es el trabajo un joven que nunca vio a nadie que tuviera un trabajo digno en su familia? Ellos mismos acceden a trabajos inestables y precarios, o a planes sociales de emergencia que exigen

contraprestaciones, que las más de las veces funcionan “como sí” fueran trabajo. ¿Cuánto de “formativos” son estos modos de incorporarse al mundo del trabajo?

Vinculado a estos procesos, también se produce una descentralización del lugar del trabajo en la constitución de las identidades sociales de los jóvenes. Paradójicamente, esta descentralización de la cultura del trabajo en la constitución de las identidades sociales es funcional a la crisis del empleo. El lugar que se le asignaba a “la ética del trabajo”, hoy parece ser ocupado por una “estética del consumo”, que premia la intensidad y la diversidad de las experiencias, incluido el ámbito laboral, buscando gratificaciones inmediatas (monetarias y vivenciales), novedosas y flexibles (Perez Islas y Urteaga, 2001). Suele decirse que para los jóvenes, el trabajo se desdibuja como eje de la organización personal, aunque es preciso diferenciar situaciones socio-económicas, capitales culturales y sociales, tramos etarios, etc. para comprender con mayor profundidad estos procesos.

**b) La ruptura de los modos de pasaje a la vida adulta.** Hace veinte años se sostenía que el momento en que el joven pasaba a la vida adulta estaba vinculado a la inserción laboral, a la salida del hogar de origen, y a la constitución de una nueva familia. Hoy puede hablarse de la adolescencia y de la juventud “interminable”, ante la ruptura de todos estos ritos de pasaje. Esto se vincula tanto con la crisis económica como con los cambios en las relaciones intrafamiliares, pero obviamente también se relaciona con las maneras en que los jóvenes conciben y viven la inserción laboral.

**c) La ruptura del valor de la educación para garantizar un buen trabajo.** Habiendo sido un formidable vehículo de ascenso social, hoy se va debilitando el valor de la educación para “garantizar” un buen trabajo, y la educación media, de la mano del proceso de masificación, resulta hoy necesaria pero no suficiente para acceder a un trabajo de calidad.

En la década de los noventa hemos asistido, por un lado, a la flexibilización laboral en los empleos formales, con el consiguiente deterioro de la calidad del empleo y de los salarios y, por otro lado, a un crecimiento del empleo informal de baja calidad y a un aumento del desempleo. Esto implica que la educación y sus vinculaciones con la formación para el trabajo deben analizarse en este marco complejo, de sectores modernos de la economía flexibilizados, de emergencia de la llamada “economía social”, y también teniendo en cuenta el riesgo de exclusión social de amplios sectores. ¿Cómo se plantean entonces las relaciones entre juventud, escuela y trabajo?

Por un lado, las demandas de mayor calificación de los sectores más modernos de la economía, vinculados a mayores transformaciones tecnológicas, especialmente en los terrenos de la informática y las comunicaciones, demandan un conjunto amplio de competencias transversales ya consideradas básicas. Esta demanda incluye ciertos sectores del Estado, empresas productoras de bienes y servicios dedicadas al mercado interno e inclusive una porción del trabajo informal en vías de modernización, sobre todo el vinculado con las microempresas (Filmus, 2001). Por otro lado, existe un amplio sector informal que conserva formas de organización tradicionales, y aún sectores formales, que demandan competencias polarizadas según las ocupaciones. Sin embargo, la vida cotidiana, también marcada por las innovaciones tecnológicas, y la incertidumbre respecto a la evolución de los mercados de trabajo, hacen coincidir a los especialistas en que es preciso enfatizar en la educación general de calidad y en un conjunto de competencias amplias y básicas, que son imprescindibles como derecho para todos y para contribuir al desarrollo del conjunto de la sociedad. Dado que muchas veces la escuela secundaria es la última institución pública que intenta la inclusión de todos, una formación sólida en los conocimientos y competencias básicas para la vida ciudadana y laboral, incluye la reflexión acerca de qué es trabajar, qué es un trabajo decente y cómo cambiar o poner en cuestión ciertas reglas del juego de los trabajos disponibles. Entonces no se trata de formar para un empleo específico, ni siquiera de formar para un trabajo autónomo determinado, sino de concebir la función “formación para el trabajo” como una dimensión de la vida social y de la inclusión social, de la que la escuela secundaria no puede olvidarse.

Mucho se discutió en los años noventa acerca de que la educación secundaria debía proveer más bien competencias generales, y transversales en lugar de saberes y competencias específicas. Actualmente, ese punto de vista está en cuestión, y se reconoce que se trata de una falsa disyuntiva, que no reconoce la integralidad de los distintos tipos de saberes prácticos y teóricos. De este modo, se reconoce que la estrategia pedagógica puede ir tanto de la teoría a la práctica como al revés.

#### **1.4. ¿Qué estrategias para insertar a los jóvenes en trabajos de calidad?**

Como se viene sosteniendo, los jóvenes de hoy viven la inserción laboral en un marco de dificultades e incertidumbre en el que tienen que hacer frente al mismo tiempo a la escasez de empleo, al deterioro de la calidad y de la protección de los empleos existentes, y al desafío que significa intentar un trabajo por cuenta propia o asociativo sin haber tenido experiencias laborales anteriores.

Obviamente, la valoración que el joven tenga de su propio trabajo dependerá de múltiples factores. Por un lado, no es independiente de la calidad y el contenido del mismo. Por otro, depende del sector social al que

pertenece y de sus expectativas iniciales. Algunos jóvenes de sectores medios optan por cierto tipo de trabajos flexibles e inestables, pero motivantes. Los llamados “trabajos independientes de segunda generación”, por ejemplo en el campo de la informática, son frecuentemente desempeñados por jóvenes de alta calificación que eligen esa inserción y obtienen gratificaciones monetarias y simbólicas con ello. Muchos trabajos informales, por ejemplo, en el terreno de la gestión y/o expresión cultural, son valorados por los jóvenes.

Pero estas situaciones y perspectivas están en general asociadas a aquellos para quienes la generación de ingresos para la manutención cotidiana pueda postergarse. Los jóvenes provenientes de hogares con menores oportunidades, aunque hayan accedido a más años de escolaridad que sus progenitores, padecen gran insatisfacción y penurias ante oportunidades laborales escasas, precarias y de bajos salarios. En otro nivel de gravedad, este desaliento lo manifiestan los jóvenes universitarios de todos los sectores sociales que se desaniman ante oportunidades laborales que no responden a sus perfiles de formación.

Muchos de los programas de formación para el trabajo o de inserción laboral han sido duramente cuestionados por su escaso impacto ante el deterioro del mundo laboral y la escasez de oportunidades. Muchas acciones se han fundamentado en la concepción de que la baja *empleabilidad* de estos jóvenes está originada en su insuficiente calificación. Esta hipótesis aún tiene sustento en las estadísticas que vinculan los niveles de desocupación con la escolaridad. Podría esperarse entonces que el pasaje por una etapa de capacitación, y más aún de inserción en un empleo, mejore la *empleabilidad* de un joven en el sentido de colocarlo en otro lugar en la “fila” de espera de los empleos disponibles. Pero en la práctica, ante el achicamiento global del empleo formal y de aumento de la informalidad, esta lógica entra en tensión porque jóvenes más educados tienen mayores chances de ser seleccionados, aún para empleos que no parecen demandar altas calificaciones técnicas<sup>3</sup>. De este modo, se produce una tensión paradójica y patética, que deja a quienes tienen menores niveles educativos en una situación permanentemente vulnerable aún cuando hayan pasado por cursos de formación para el trabajo, debido a que deben competir en un mercado donde abundan los sobrecalificados.

Cabría preguntarse también acerca de la utilidad de estos programas para ayudar a los jóvenes para crearse un trabajo, aún en el sector informal. Algunos seguimientos de egresados de cursos de este tipo muestran que a veces el aprendizaje logrado les provee de un medio de vida valorado por los propios jóvenes. (Universidad Estadual de Campinas, 2001). Otras veces se ha sostenido que si los jóvenes no tienen previamente alguna experiencia de trabajo asalariado, es muy difícil que logren sobrevivir en trabajos independientes o por su propia cuenta. La vinculación de estos trabajos con cadenas productivas es esencial para su sobrevivencia. En todo caso, suele haber mayor consenso en que la educación y la capacitación, no sólo técnica sino en gestión empresarial, hacen una diferencia en las formas de gestión del propio negocio.

Respecto específicamente a la escuela secundaria y su relación con la formación con el trabajo, en principio debe sostenerse que la función principal de la escuela es formar para la vida, no sólo para el trabajo. Uno de los interrogantes que frecuentemente se plantea es sobre si la escuela debe o no adecuarse a las demandas del mercado de trabajo. Esta es una falsa disyuntiva. Ya desde los años 60 cuando con optimismo desarrollista proponíamos planificar la evolución de la producción y entonces acompañábamos con el diseño de un sistema educativo que fuera detrás de un modelo de desarrollo, veíamos que el sistema educativo siempre quedaba atrás de ese modelo de desarrollo, que además finalmente no se cumplía. Todos los diseños curriculares en esta línea tuvieron dificultades para estar “adecuados” en lo específico al trabajo debido a que la evolución de este último no es tan previsible como se creía. En el marco de un contexto como el actual esto es cada vez más cierto. Las ocupaciones cambian, desaparecen y aparecen otras nuevas, tenemos muchos márgenes de incertidumbre acerca de la evolución futura de los mercados de trabajo, esta cuestión de la adecuación o inadecuación es correr detrás de una previsión muy difícil de realizar. Pero además hoy comprendemos que formar para el trabajo no es formar para un trabajo específico, sino formar en un sentido mucho más polivalente. No se trata de formar para un determinado empleo ni de ver si la educación se ajusta a un empleo en particular. Debemos plantear esto en términos más amplios y complejos: ¿Cómo aportar desde la educación a la inserción social y también laboral de jóvenes que tienen 50 años de vida productiva por delante?

Otro interrogante es cómo hoy la relación entre educación media y trabajo, en definitiva, ¿sirve la educación media para acceder a empleos de calidad? Si nosotros miramos las cifras en realidad hoy tienen la misma tasa de desempleo los jóvenes que terminaron la escuela media que los jóvenes que terminaron la escuela primaria. Hay, sin embargo, algunas diferencias por ejemplo respecto a la calidad de los empleos: los jóvenes que no terminaron la escuela media tienden más a estar en empleos precarios, en changas, en trabajos no formales, que los jóvenes que terminaron la escuela media. Los jóvenes que terminaron la escuela media tienen también un piso salarial un poco más alto, es decir que terminar la escuela media suele permitir el acceso a condiciones de empleo mejores que quienes no lo hicieron.

Ahora bien más allá de esta mejor calidad de los empleos, si uno mira cómo se distribuyen estos empleos lo que se ve es una gran segmentación, hay algunos jóvenes para los que completar la escuela media significa acceder a empleos de una cierta calidad, hay otros jóvenes para los que el título no significa más que permanecer en puestos de muy bajo nivel de calificación. Hagamos una apuesta: ¿quiénes son unos y quiénes

---

<sup>3</sup> Este mecanismo de selectividad parece responder tanto a la valorización de la mayor consolidación de competencias básicas que presentan los más educados como a un mecanismo de selección social.

son otros?; obviamente son los pobres, aquellos que protagonizan la expansión de la escuela media, quienes menos rédito sacan de haber pasado por ella. Un nuevo desafío para la escuela y para la calidad de la escuela. Abordemos otra pregunta, ¿qué significa educar y enseñar para el trabajo? En principio volvemos a remarcar que educar para el trabajo no significa educar para el empleo asalariado, para una ocupación en una empresa determinada, con ciertas condiciones vinculadas a esa posición al interior de la empresa. No estamos pensando en eso cuando preguntamos qué es educar para el trabajo. Estamos pensando en términos más amplios, se trata de brindar formación dirigida a una familia de ocupaciones que desarrolle en todo caso saberes y competencias generales contextualizadas. El objetivo es que quien esté inserto en un determinado polimodal, incluso en un determinado tipo de trayecto va a aprender contenidos y competencias que le van a servir para ubicarse en cualquier trabajo; o que en todo caso, van a ser el piso para construir esa trayectoria laboral generalmente imprevisible. Este enfoque general es clave para plantear una articulación de teoría y práctica que sea superadora de la que tenía la escuela técnica o de la que tenía de una manera mucho más remota el bachillerato o la escuela comercial.

Finalmente, planteo algunas reflexiones sobre las implicaciones de este contexto de rupturas para las relaciones entre jóvenes, educación y trabajo. Lejos estamos hoy de la visión de que el rol de la escuela es formar para las demandas del mercado de trabajo. En la década de los noventa, hemos asistido por un lado a la flexibilización laboral en los empleos formales, con el consiguiente deterioro de la calidad del empleo y de los salarios y, por otro lado, a un crecimiento del empleo informal de baja calidad y un aumento del desempleo. Esto implica que la educación y sus vinculaciones con la formación para el trabajo deben analizarse en este marco complejo, de sectores modernos de la economía flexibilizados, de aparición de una economía social, y también teniendo en cuenta el riesgo de exclusión social de amplios sectores.

Como conclusión, se podrían proponer ejes de discusión en torno a:

¿Debe la educación seguir el desarrollo de mercados de trabajo inequitativos y polarizados? **Entre la competitividad y la equidad** ¿es esto un dilema?

¿Puede la educación contribuir a **generar condiciones de trabajo más equitativas** tanto en el marco de la economía de mercado como en el de la economía social?

¿Cómo trabajar en el **espacio local** para planificar acciones educativas y de formación profesional encuadradas en políticas más integrales de desarrollo?

¿Pueden los **dispositivos** de acercamiento al trabajo destinados a los jóvenes (pasantías, micro-emprendimientos, orientación educativo-laboral, etc.) mejorar sus posibilidades de inserción laboral o contribuyen poco ya que la inserción depende más bien de las condiciones generales del mercado de trabajo?

En síntesis, la educación no crea trabajo. Y si el mercado de trabajo no da oportunidades la educación se ve muy limitada en su campo de acción. Según el censo de 2001 hay un 45% de los jóvenes que no termina la secundaria. Para otro 25% el título secundario será la última instancia formativa que tendrá. Creo entonces que estamos ante la posibilidad de aprovechar una de las, probablemente, últimas instituciones públicas con las que tienen contacto cotidiano los jóvenes y en ese contexto, la contribución de la educación a la ampliación de las oportunidades debe ser revalorizada.

## Bibliografía

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA (CEPAL)/CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFÍA (CELADE)/BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO (BID). 1996. *Impacto de las tendencias demográficas sobre los sectores sociales en América Latina*, Santiago, BID.

OIT. 2003. *Panorama Laboral 2003. América Latina y el Caribe*, OIT.

SIEMPRO-INDEC. 2003. *Encuesta de condiciones de vida 2001. Base usuarios*. <http://www.siempro.gov.ar/>

DÁVILA LEÓN, Oscar; Raúl IRRAZABAL MOYA; OYARZÚN CHICUY, Astrid. 1995. "Los jóvenes como comunidades realizadoras: Entre lo cotidiano y lo estratégico", en PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO DE INVESTIGACIÓN EN EDUCACIÓN, *Ni adaptados ni desadaptados sólo jóvenes. Siete propuestas de desarrollo juvenil*, Santiago de Chile, pp. 85-134.

PÉREZ ISLAS, José Antonio; URTEAGA, Maritza. 2001. "Los nuevos guerreros del mercado. Trayectorias laborales de jóvenes buscadores de empleo", en PIECK, Enrique, *Los jóvenes y el trabajo. La educación frente a la exclusión social*, México, coedición UIA, IMJ, UNICEF, CINTERFOR-OIT, RET Y CONALEP, pp. 333-354.

FILMUS, Daniel. 2001. "La educación media frente al mercado de trabajo: cada vez más necesaria, cada vez más insuficiente", en BRASLAVSKY, Cecilia (org.), *La educación secundaria. ¿Cambio o inmutabilidad?*, IPE-UNESCO y Santillana, Buenos Aires, pp. 149-221.

UNIVERSIDADE ESTADUAL DE CAMPINAS *et al.* 2001. *Avaliação de impacto do Programa Capacitação Solidária (PCS) sobre os egressos de cinco regiões metropolitanas*, San Pablo, Capacitação Solidária.